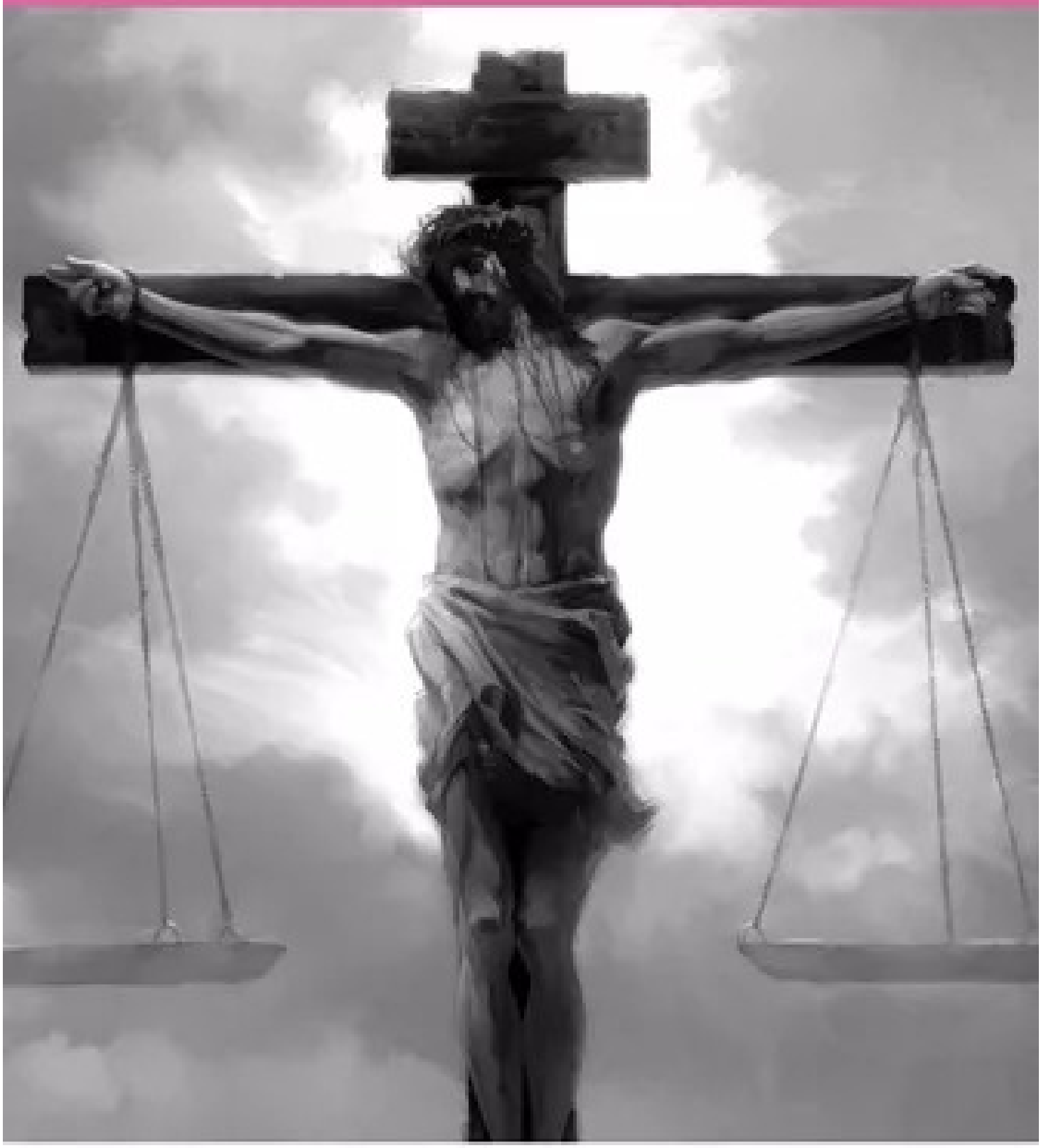
John C. Peckham

El amor y la justicia de Dios



1. Dios ama por pura gracia

¿Qué es el amor? He aquí las respuestas de algunos niños:

- «Amor es cuando una chica se pone perfume y un chico se pone colonia, y salen a olerse entre ellos».
- «Amor es cuando sales a comer y le das a alguien todas tus papas fritas sin hacer que te dé ninguna de las suyas».
- «Amor es cuando le dices a un chico que te gusta su camisa y luego él se la pone todos los días».
- «Amor es cuando un cachorro te lame la cara, incluso después de haberlo dejado solo todo el día».
- «Amor es lo que te hace sonreír incluso cuando estás cansado».[3]

Estas respuestas contienen algunas ideas adorables, pero también algunos problemas conceptuales evidentes. ¿Tenemos también nosotros, los adultos, algunos conceptos problemáticos acerca del amor, incluso del amor de Dios?

¿Inentendible?

Tal vez estés entre los muchos a quienes se ha enseñado que el amor del tipo agapē es exclusivo de Dios, en contraste con el amor del tipo eros. Este punto de vista tan prevaleciente es herencia de una larga serie de pensadores, influidos a su vez por ciertas corrientes de la filosofía griega.[4] Hace varias décadas, un teólogo llamado Anders Nygren expuso esta idea en su influyente libro Agapē and eros.

Entre otras cosas, Nygren enseñó que el amor del tipo agapē es un don, mientras que el amor eros es una necesidad. Eros desea y adquiere, pero agapē es puro y abnegado; es dar, nunca recibir. Eros está motivado por el interés propio, pero agapē solo procura el beneficio de los demás. El agapē es inmotivado, espontáneo e incondicional; pero el eros responde a una motivación, es condicional y dura solo mientras su objeto satisface su deseo.[5]

Esta interpretación, repetida a menudo en obras populares y académicas, está muy extendida. Pero ¿coincide con las enseñanzas de las Escrituras acerca del amor de Dios?

Aunque puede parecer muy atrayente a primera vista, al examinarla de cerca es evidente que resulta contraria a las enseñanzas de las Escrituras. Por un lado, la interpretación del agapē que Nygren propone está estrechamente vinculada a la opinión de que Dios elige arbitrariamente salvar a algunos seres humanos al mismo tiempo que rechaza a otros. Este punto de vista, llamado predestinación determinista, considera el amor de Dios como selectivo e incondicional no solo en el sentido de que no es posible ganarlo o merecerlo, sino también en el sentido de que solo está disponible para los pocos elegidos a los que Dios ha escogido incondicionalmente para concederles la vida eterna. Desde este punto de vista, Dios concede algunas bendiciones comunes a quienes no son elegidos, pero solo los elegidos reciben el amor de Dios para la salvación; nadie más que ellos pueden ser salvos.[6] Como escribe Nygren, el amor agapē de Dios es tal que «toda elección por parte del hombre queda excluida».[7]

En este y otros aspectos, esta idea popular acerca del agapē no concuerda con las enseñanzas bíblicas. Las Escrituras enseñan que Dios «no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 Ped. 3:9; ver también 1 Tim. 2:4-6). Dios hace todo lo posible para salvar a todos los seres humanos (ver Isa. 5:1-4). Él ama a todo el mundo e invita a todas las personas a una relación especial de amor con él para que «todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:16). Dios llama a todos a «volverse» a él y «vivir» (Eze. 33:11), pero desgraciadamente algunos rechazan su amor.

Es cierto que el amor de Dios es un amor que da, manifestado supremamente en el sacrificio de Cristo por nosotros (Juan 15:13), pero no es cierto que ese amor es unidireccional, que no hay lugar en él para la reciprocidad. El amor de Dios siempre es desinteresado, siempre busca el bien de los demás, pero Dios sí recibe el amor de los seres humanos (Sal. 18:1) y se deleita en su pueblo (Sof. 3:17). Por último, es cierto que el amor de Dios es incondicional en el sentido de que es eterno y que Dios nunca deja de amarnos. Sin embargo, Dios da a los seres humanos la libertad de rechazar una relación de amor con él y el don de la vida eterna, lo cual significa que la relación de amor entre Dios y cada una de sus criaturas humanas es condicional (ver el capítulo 2).

Una mirada más de cerca al *agapē*

Por otra parte, no es cierto que agapē describa exclusivamente el amor de Dios. En primer lugar, el término agapē no siempre tiene un significado positivo. Por ejemplo, Pablo usa agapē cuando dice que Demas lo abandonó «amando a este mundo» (2 Tim. 4:10; cf. Juan 3:19; 12:43). Además, en la traducción griega del Antiguo Testamento (la Septuaginta, o LXX), común en la época de Jesús, agapē se utiliza para describir la lujuria de Amnón hacia su hermanastra Tamar (ver 2 Sam. 13:1, 4, 15).

En segundo lugar, agapē es solo una de las muchas palabras que las Escrituras utilizan para describir el asombroso amor de Dios. Por ejemplo, en Juan 16:27 Jesús dice a sus seguidores: «El mismo Padre los ama [fileō], ya que ustedes me han amado [fileō]». Nota que el término griego usado aquí para referirse al «amor» es fileō. Muchos afirman que fileō designa un tipo de amor cualitativamente inferior, deficiente, en contraste con agapē, que según ellos se refiere a un amor más elevado y perfecto. Sin embargo, en Juan 16:27, fileō no puede referirse a un amor de ese tipo pues se designa allí al amor de Dios. En consecuencia, no es posible que fileō denote por sí mismo un tipo de amor cualitativamente inferior o deficiente.[8]

El amor de Dios es ciertamente único, pero no existe un término exclusivo para designarlo. La Escritura utiliza diversas palabras para describirlo, pero ningún término es capaz de expresar toda la majestuosidad del amor infinito de Dios. Por ejemplo, la palabra hebrea jésed (a menudo traducido como «bondad») expresa el amor y la misericordia constantes de Dios dentro de una relación de pacto, mientras que el término hebreo rájam se refiere a la compasión divina basada en la imagen del vientre materno y del amor maternal.[9]

Cuando se refiere al amor de Dios, agapē describe el amor más sublime y perfecto, pero eso no significa que solo pueda referirse a ese tipo de amor, sino porque en los textos donde aparece es Dios quien ama y porque su amor es siempre perfecto. De hecho, el amor de Dios es mucho mayor de lo que a muchos nos han hecho creer las enseñanzas tradicionales acerca del agapē.

En este capítulo y en los siguientes analizaremos las cuatro maravillosas enseñanzas de las Escrituras acerca del amor de Dios:

En primer lugar, el amor de Dios es **voluntario**, surge de su propia iniciativa, lo que significa que es otorgado libremente, aunque no es

arbitrario ni caprichoso.

En segundo lugar, el amor de Dios es **pactual**. Es decir, está enmarcado dentro de un pacto, lo que significa que es inquebrantable y que Dios espera que las criaturas lo amen y amen a los demás inquebrantablemente en respuesta.

Tercero, el amor de Dios es **evaluativo**, lo que significa que se deleita en su pueblo, pero se disgusta a causa del mal.

En cuarto lugar, el amor de Dios es **emocional,** o **sensible**, e implica una profunda pasión y compasión por nosotros, así como dolor y pena cuando las personas se hacen daño a sí mismas o dañan a los demás.

Tendré compasión

«Te ruego que me muestres tu gloria», pidió Moisés a Dios tras la rebelión de Israel con el becerro de oro (Éxo. 33:18). Después de ser liberado de la esclavitud de la manera más asombrosa en ocasión del Éxodo, Israel había caído en una profunda rebelión. Mientras Moisés estaba reunido con Dios en el Sinaí, el pueblo adoró un becerro de oro como si lo hubiera liberado de Egipto, con lo que rechazaba de hecho a Dios y rompía el pacto, o alianza.

En respuesta a esta rebelión, Dios dijo a Moisés: «Ahora, pues, déjame que se encienda mi ira en ellos y los consuma. Y haré de ti una gran nación» (Éxo. 32:10). ¿Permitir que Dios haga algo? ¿Por qué diría Dios algo así a Moisés si realmente quería hacerlo? Dios está aquí instando a Moisés a interceder por el pueblo. Moisés intercedió, y Dios «desistió» (Éxo. 32:14).[10] Pero, cuando Moisés bajó de la montaña y vio los actos detestables del pueblo, «se enardeció de ira. Arrojó las tablas de sus manos y las quebró al pie del monte» (Éxo. 32:19).

Del mismo modo que Moisés rompió las tablas de los Diez Mandamientos, el pueblo había roto su alianza, o pacto, con Dios, con lo que perdió todo derecho a las promesas incluidas en ese acuerdo. Dios tenía el derecho de rechazarlos. ¿Seguiría él con ellos? Si no, toda esperanza estaba perdida. Sin la presencia y la protección especiales de Dios, nunca sobrevivirían en el desierto.

Sin embargo, la presencia especial de Dios con ellos también suponía un gran peligro. Sin mediación, el pecado no puede estar en presencia del Dios perfectamente santo. Dios les advirtió: «Ustedes son un pueblo muy terco. Si yo fuera con ustedes, en un momento podría consumirlos» (Éxo. 33:5). Esto representa un gran problema. Necesitan que Dios esté con

ellos para sobrevivir, pero si Dios va en medio de ellos sin una mediación serán destruidos debido a su pecaminosidad.

Anteriormente, Dios había ordenado a Moisés: «Y me harán un santuario, para que yo habite entre ellos» (Éxo. 25:8). Sin embargo, el Santuario todavía no había sido construido, y ahora parecía estar en duda si lo sería. La única forma en que Dios podría estar en medio de ellos sin destruirlos era si creaba una forma de mediar su presencia. ¿Lo haría? En caso negativo, no tendrían esperanza y, por extensión, tampoco nosotros.

Moisés suplicó repetidamente que Dios continúe estando especialmente presente con su pueblo, incluso en medio de ellos. En respuesta, Dios dijo que haría lo que Moisés le pidiera (Éxo. 33:12-17). Finalmente, Moisés hizo una última y audaz petición. «Te ruego que me muestres tu gloria» (vers. 18). En respuesta, Dios proclamó: «Haré pasar toda mi bondad delante de ti, y proclamaré mi nombre ante ti. Tendré misericordia de quien yo quiera, y seré clemente con quien yo quiera» (vers. 19).

Moisés pidió ver la gloria de Dios. En respuesta, Dios prometió mostrar su bondad. Parte integral de la gloria de Dios es su carácter amoroso. Pero ¿qué significa la afirmación de que Dios será misericordioso y compasivo con quien quiera? ¿Significa, como algunos suponen, que Dios elige arbitrariamente ser clemente y compasivo con algunos, pero no con otros? No hay ningún indicio en esta historia de que Dios elija arbitrariamente a unos y no a otros para recibir su compasión. En cambio, tras la rebelión relativa al becerro de oro, el pueblo fue llamado por Moisés a decidir a favor o en contra de Dios (Éxo. 32:26).

Además, como señalan muchos eruditos bíblicos, la frase hebrea traducida como «tendré misericordia de quien yo quiera, y seré clemente con quien yo quiera» se basa en la declaración hecha por Dios a Moisés durante el episodio de la zarza ardiente en Éxodo 3:14: «Yo soy el que soy».[11] En consecuencia, la declaración de Dios en Éxodo 33:19 equivaldría a decir: «Proclamaré mi nombre ante ti, así como la gracia que concedo y la compasión que muestro».

Aquí Dios proclama que, como único Dios verdadero, tiene el derecho único de conceder libremente su gracia y su compasión, aunque los pecadores no lo merezcan en absoluto. Aunque Dios tenía todo el derecho de rechazar al pueblo, no lo hizo. Por el contrario, a pesar de la rebelión de ellos, Dios les concedió libremente un amor compasivo y

misericordioso que superaba con creces cualquier expectativa razonable, y decidió mantener una relación especial con Israel.

Este es un ejemplo, entre muchos otros, de la buena noticia acerca del aspecto voluntario del amor de Dios. Aunque nunca merezcamos dicho amor y no podamos hacer nada para hacernos acreedores a él, Dios tiene derecho a otorgarnos su amor compasivo y misericordioso, y elige hacerlo voluntariamente en favor de quienes están dispuestos a recibirlo (ver, por ejemplo, Juan 3:16). Así como Dios decide voluntariamente conceder su amor, este debe ser voluntariamente aceptado.

Amor voluntariamente otorgado y recibido

Si tuvieras el poder de controlar la mente de alguien, ¿podrías hacer que te amara? No. ¿Por qué no? Porque el amor, por definición, requiere libertad. El amor debe ser dado y recibido voluntariamente.[12] Aunque pudieras hacer que esa persona mostrara comportamientos que acompañan al amor, eso no sería amor genuino, pues no sería voluntario.

A lo largo de las Escrituras, dos de las metáforas favoritas de Dios para ilustrar el amor que siente por su pueblo son el matrimonio y la relación entre padres e hijos. Ambas describen la decisión voluntaria de Dios de amar a su pueblo. En la metáfora del padre y el hijo, Dios rescató a su pueblo del desierto, lo «adoptó» y lo educó con amor (ver Ose. 11:1-4; cf. Deut. 32:10, 11).

Del mismo modo, la metáfora del matrimonio muestra el compromiso voluntario de Dios de amar a quienes no tienen derecho a su amor (ver Ose. 2 y 3). Oseas presenta a Dios como el esposo metafórico de Israel. Pero la «esposa» de Dios (el pueblo) le es infiel continuamente, engañándolo vez tras vez con «amantes» (los dioses de las naciones) y rompiendo la relación aparentemente sin remedio.

Pero Dios no abandona a su pueblo. A pesar de todo, le concede libremente un amor asombroso, ya que dice: «Los amaré de pura gracia; porque mi furor se apartó de ellos» (Ose. 14:4). La palabra traducida como «de pura gracia» puede significar diferentes cosas. El evangelio es «de pura gracia» en el sentido de que no tiene precio. Esto también es cierto acerca del amor de Dios. Pero ese no es el único significado de la expresión «de pura gracia» en Oseas 14:4. El término hebreo así traducido (nedabah) designa las ofrendas voluntarias y conlleva el «elemento determinante del libre albedrío», ya que se refiere a lo que se ofrece «de forma totalmente voluntaria».[13]

El pueblo de Dios no merecía el amor de Dios, tampoco nosotros. Habían perdido todo derecho a los beneficios del amor divino, al igual que nosotros. Sin embargo, Dios continuó amándolo a pesar de no tener ninguna obligación de hacerlo. Del mismo modo, él nos ama, aunque no lo merezcamos en absoluto.

En este pasaje bíblico y en muchos otros, la Escritura muestra que el amor de Dios como una iniciativa voluntaria. Dios no solo no está obligado a seguir otorgando su amor misericordioso a los pecadores que se han rebelado contra él, sino tampoco estaba obligado a crearnos ni a crear otros planetas habitados. Dios ya disfrutaba de una relación de amor dentro de la Trinidad (ver Juan 17:24) antes de iniciar su actividad creadora. No necesitaba crear, sino que decidió entablar una relación con sus criaturas.

Cuando Adán y Eva cayeron, Dios tenía todo el derecho de destruir a los seres humanos. Pero en lugar de eso, preservó a la humanidad y continuó amándola a pesar de nuestra caída, al punto de estar dispuesto a hacerse humano (en Cristo) y morir por nosotros. Asombroso. «Dios demuestra su amor hacia nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom. 5:8).

El amor de Dios es totalmente libre y más grande de lo que podríamos imaginar (ver Juan 15:13). Sin embargo, el hecho de que Dios haya decidido amarnos no significa que el amor sea equiparable o reducible a una mera decisión. El amor incluye la acción de decidir, pero implica mucho más. Dios no impone su amor a nadie, sino que invita a todos a responder positivamente a su amor. Como dice Elena G. de White: «El ejercicio de la fuerza es contrario a los principios del gobierno de Dios; él desea tan solo el servicio de amor; y el amor no puede ser exigido; no puede ser obtenido por la fuerza o la autoridad. El amor se despierta únicamente por el amor».[14]

Esa es una de las cosas que enseña Jesús en su parábola del banquete de bodas. En ella, cuenta la historia de un amo que «envió a sus siervos a llamar [griego kaleō] a los invitados a la boda», pero «no quisieron venir» (Mat. 22:3). En consecuencia, el amo dice a sus siervos: «El banquete está preparado, pero los convidados no eran dignos. Vayan, pues, a las salidas de los caminos y llamen [kaleō] al banquete a cuantos hallen» (vers. 8, 9). Los siervos así lo hicieron y reunieron a mucha gente (vers. 10).

Al final de esta parábola, Jesús hace esta sorprendente afirmación: «Muchos son los llamados [klētos, derivado de kaleō], y pocos los elegidos» (vers. 14). Los finalmente «elegidos» son, pues, quienes aceptaron la invitación del Señor a las bodas. Dios llama, es decir, invita, a todos a su banquete de bodas (comparar con Apoc. 3:20). Sin embargo, podemos rechazar la invitación y el amor de Dios.

Conclusión

La libertad es esencial para el amor, tanto divino como humano. Dios nunca impondrá su amor a nadie, sino que nos concede la libertad de corresponder a su amor o rechazarlo. Lamentablemente, algunos rechazan una relación de amor con Dios.

En tal sentido, Cristo lloró a causa del rechazo de Jerusalén: «¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti. ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus pollos debajo de sus alas! Y no quisiste» (Luc. 13:34; cf. Mat. 23:37). Sin embargo, fue a la Cruz por ellos y por nosotros. ¡Cuán asombroso amor!

Dios otorga libremente su amor a cada persona y le concede la libertad de corresponderle con amor. Solo hace una pregunta sencilla: ¿Me amas?

---

3. Mitchell y Marcy Sugar, «The meaning of love from the mouths of babes», *Chicago Tribune*, 14 de febrero de 2003, disponible en: <chicagotribune.com/news/ct-xpm-2003-02-14-0302140295-story.html>.
4. Ver John C. Peckham, «*Agape* versus *eros*?: The Biblical Semantics of Divine Love», el tercer capítulo de *The love of God: A canonical model* (Downers Grove, IL: IVP Academic, 2015), pp. 69-88.
5. Anders Nygren, *Agapē and eros* (Londres: SPCK, 1953), pp. 75–81, 92, 210.
6. En palabras de J. I. Packer: «Dios ama a todos de varias maneras y a algunos de todas las maneras» («The love of God: Universal and particular», en *Still sovereign: Contemporary perspectives on election, foreknowledge and grace*, ed. por Thomas R. Schreiner y Bruce A. Ware [Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2000], p. 283).
7. Anders Nygren, *Agapē and eros*, p. 213.
8. Ver al respecto Donald A. Carson, *Falacias exegéticas* (Barcelona: CLIE, 2013), pp. 37, 38, 56-59. Ver también John C. Peckham, «*Agapē* versus *eros*?».
9. Ver J. Gerald Janzen, *Exodus* (Louisville, KY: Westminster John Knox, 1997), p. 252.
10. Ver Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, pp. 290-291.
11. A modo de ejemplo, ver Nahum M. Sarna, *Exodus*, JPS Bible Commentary (Nueva York: Jewish Publication Society, 1991), p. 214.
12. Ver John C. Peckham, *Theodicy of love: Cosmic conflict and the problem of evil* (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2018).
13. J. Conrad, «*ndb*», en *Theological dictionary of the Old Testament*, ed. por G. Johannes

Botterweck, Helmer Ringgren y Heinz-Joseph Fabry (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1998), t. 9, pp. 220, 222.

14. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes* (Doral, FL: IADPA, 2008), p. 13.

2. Amor pactual

–¿Por qué me amas? –le preguntó cierta señorita a su prometido.

–Simplemente, te amo –respondió él sin expresar ninguna emoción.

–¿Qué quieres decir? –insistió ella–. ¿Por qué me amas a mí y no a otra mujer?

–Te amo simplemente porque decidí amarte a ti y no a otra –respondió él.

–¿No hay ninguna razón más que tu decisión de amarme? –insistió ella.

–Ninguna... excepto mi propia disposición amorosa –responde él con calma.

Exasperada, ella respondió:

–¿Qué es lo que amas de mí?

–No amo nada de ti en particular. Simplemente, te amo. Es decir, te hago regalos, te doy cobijo y te soy fiel. ¿Qué más puedes pedir?

Momentáneamente sin palabras, ella intentó un enfoque diferente:

–¿Quieres saber por qué te amo?

–No –respondió él–. Me da igual por qué me amas. De hecho, me da igual si me amas o no.

¿Y si el amor de Dios hacia nosotros fuera así? Extrañamente, a veces se afirma que su amor es desinteresado, que se limita a dar sin recibir, que es un amor unidireccional. Sin embargo, las Escrituras presentan un cuadro muy diferente.

Amamos porque él nos amó primero: El amor universal de Dios

Si Dios no nos amara por pura gracia, no podríamos amar. De hecho, ni siquiera existiríamos. Dios es la fuente primaria del amor. Sin él, no puede haber amor.

Dios nos atrae hacia él con infinito amor y bondad: «Con amor eterno te he amado», declara Dios, «por eso te atraje con bondad» (Jer. 31:3; cf. Rom. 2:4). Así pues, «el amor viene de Dios» y «nosotros lo amamos a él porque él nos amó primero» (1 Juan 4:7, 19). El amor de Dios hacia nosotros es anterior a cualquier acción humana y siempre es inmerecido.

Antes de cualquier acción humana, «bueno es el Señor con todos, y con ternura cuida todas sus obras» (Sal. 145:9; cf. 100:1, 5). «De su constante amor [en hebreo hesed] está llena la tierra» (Sal. 33:5; cf. 36:7; 117:1, 2; 119:64; 145:8, 9).

Dios ama a todos y «desea que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Tim. 2:4; cf. 2:6). Él «no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 Ped. 3:9; ver también Eze. 18:23, 32; 33:11; cf. Hech. 10:34, 35; Rom. 1:5; 1 Tim. 4:10). «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:16; cf. Rom. 5:8, 10). Las Escrituras enseñan repetidamente que el amor de Dios es eterno, que «su amor es para siempre» (por ejemplo, Sal. 136).

Los *beneficios* del amor compasivo de Dios pueden perderse

Aunque Dios ama a todos por igual y su amor no tiene fin, no todos aman a Dios. Dios invita a todos a entablar una relación de amor con él, pero algunos se niegan a ello.

Jesús contó la parábola de un hombre que debía al rey diez mil talentos. Según Mateo 20:2, un denario era una remuneración diaria justo para un trabajador común. A su vez, un talento equivalía a unos seis mil denarios. Eso significa que un jornalero común habría tenido que trabajar unos seis mil días para ganar un talento. A razón de seis días laborales por semana, un jornalero común podía trabajar unos trescientos días al año (o menos, si se descuentan los días dedicados a las celebraciones religiosas). En el mejor de los casos, el trabajador común podía ganar trescientos denarios al año. De ser así, tardaría veinte años en ganar un solo talento.

En términos actuales, supongamos que un trabajador ordinario ganara cien dólares al día. De ser así, un solo talento (seis mil denarios) equivaldría aproximadamente a seiscientos mil dólares. Pero este hombre le debía a su rey mucho más que eso: diez mil talentos. Eso equivaldría aproximadamente a ¡seis mil millones de dólares!

Por supuesto, el hombre no pudo pagar su deuda, así que el rey ordenó que lo vendieran a él y todo lo que tenía. Pero el siervo «se postró y le suplicó: "Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo"» (Mat. 18:26).

Nota que el hombre pidió paciencia al rey y prometió pagarle todo. Pero, como ya se ha dicho, si habría tardado unos veinte años en ganar un solo talento, y debía diez mil; ¡habría necesitado trabajar doscientos mil años para conseguir esa suma!

Obviamente, el siervo nunca podría pagar su deuda al rey, y este lo sabía. Sin embargo, ante la súplica del hombre, «el señor, movido a compasión, lo soltó y le perdonó la deuda» (vers. 27).

¡Le perdonó el equivalente a doscientos mil años de salario! ¡Qué increíble compasión!

¿Merecía eso el deudor? En absoluto. Le fue concedido sin condiciones.

Pero, entonces, ese mismo siervo halló un consiervo «que le debía cien denarios. Trabó de él y lo ahogaba, diciendo: "Págame lo que me debes". Entonces su consiervo se postró a sus pies y le rogó: "Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo". Pero él no quiso, sino que lo echó en la cárcel hasta que pagara la deuda» (vers. 28-30).

Solo le debían cien denarios, cien días de salario. Y a él le acababan de perdonar doscientos mil años de salario. Sin embargo, en vez de mostrar a su consiervo siquiera una fracción de la gracia que él había recibido, lo envió a la cárcel.

Cuando el rey se enteró de esto, llamó a este siervo que no perdonaba y le dijo: «"Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné porque me rogaste. ¿No debías tú también haberte compadecido de tu consiervo como yo me compadecí de ti?"» (vers. 32, 33). Y fue entregado para ser castigado «hasta que pagara todo lo que le debía» (vers. 34).

La enorme deuda que se le había perdonado a este siervo fue, pues, restablecida porque se negó a perdonar la deuda mucho menor de otro. Perdió el perdón que había recibido por la respuesta que dio a su consiervo.

«Así también hará con ustedes mi Padre celestial si no perdonan de corazón cada uno a su hermano» (vers. 35), explicó Jesús. Al igual que este rey, Dios ofrece gratuitamente amor y misericordia a los seres humanos, sin condiciones; pero es posible perder esa misericordia por la forma en que respondemos al don de Dios.

Esta es la enseñanza constante de las Escrituras. Otro ejemplo de ello es la respuesta divina a la atroz rebelión de su pueblo: «He quitado mi bendición, mi amor y mi compasión de este pueblo» (Jer. 16:5; cf. Ose. 9:15; Sal. 89:49). Del mismo modo, Pablo escribe acerca de «la bondad y la severidad de Dios: la severidad con los que cayeron; y la bondad contigo, si permaneces en la bondad. De otra manera, tú también serías cortado» (Rom. 11:22). En consecuencia, Judas exhorta: «Manténganse en el amor de Dios, mientras esperan que la misericordia de nuestro Señor Jesucristo les dé la vida eterna» (Jud. 21). Es, pues, «posible que los cristianos no permanezcan en el amor de Dios».[15] Dios nunca impone su amor a nadie.

El Sol brilla sobre todos, pero yo puedo protegerme del Sol si quiero. Podría encerrarme en un sótano sin ventanas para que sus rayos no me alcancen. El Sol no dejaría de brillar, pero yo podría rechazar los beneficios de la luz solar. Del mismo modo, el amor de Dios brilla sobre todos, pero podemos rechazar los beneficios de una relación de amor con él.

Amor pactual: El amor de Dios supone reciprocidad

El amor de Dios brilla sobre todos, pero Dios también invita a cada persona a una relación de amor especial y recíproca: el amor pactado. A lo largo de las Escrituras, el amor divino hacia los seres humanos conlleva la expectativa de que estos correspondan a Dios y entre sí.

Es mucho lo que depende de cómo respondan los seres humanos a las amorosas instrucciones y mandamientos de Dios en el contexto del amor pactado. Deuteronomio 7:12 y 13 dice lo siguiente acerca del pueblo con el que Dios hizo pacto: «El Señor tu Dios guardará contigo su pacto y su constante amor [hesed], que con juramento prometió a tus padres. Te amará [ahav], te bendecirá y te multiplicará». De manera semejante, Dios dice lo siguiente de sí mismo: «Trato con invariable amor [hesed] por mil generaciones a los que me aman y guardan mis mandamientos» (Éxo. 20:6).

El término hebreo hesed, a menudo traducido como «bondad amorosa» o «amor firme» de Dios, es uno de los más bellos de la Escritura, tan rico que un comentarista expresó lo siguiente acerca de él: «Hesed no puede ser adecuadamente traducido con menos de un párrafo».[16] En pocas palabras, hesed se refiere al amor característico de la alianza o pacto, el

amor en el contexto de una relación de compromiso mutuo de acuerdo con las virtudes más elevadas (lealtad, bondad, amabilidad), que cumple y supera todas las expectativas y que a menudo se manifiesta en la misericordia y el perdón.[17]

En armonía con ello, Jesús dijo lo siguiente: «El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama [agapaō]. Y el que me ama [agapaō] será amado [agapaō] por mi Padre; y yo lo amaré [agapaō], y me manifestaré a él» (Juan 14:21). «Porque el mismo Padre los ama [fileō], ya que ustedes me han amado [fileō] a mí» (Juan 16:27).

En estos casos de amor recíproco, disfrutar de los beneficios especiales del amor de Dios está condicionado a si uno corresponde a ese amor. Dios ama a todas las personas (ver, por ejemplo, Juan 3:16) y les otorga bendiciones provenientes de su amor, pero también nos invita a manifestar ese mismo tipo de amor tanto a él como a sus otros hijos, lo que representa una forma indirecta de amarlo.

Si demuestras tu amor hacia mi hijo al ayudarlo, estás de esa manera también demostrándome amor. De hecho, hacer algo amoroso para ayudar a mi hijo sería en muchos sentidos una mayor demostración de amor hacia mí que si me amaras directamente. Del mismo modo, cuando mostramos compasión y amor a los demás, estamos amando indirectamente a Dios. Primera de Juan 4:7 y 8 dice lo siguiente: «Amados, amémonos unos a otros, porque el amor viene de Dios. El que ama, ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor». La mayor manifestación del amor de Dios consistió en enviar a Cristo para salvarnos. «Si Dios nos ha amado tanto, nosotros también debemos amarnos unos a otros» (vers. 11). En efecto, «el que ama a Dios debe amar también a su hermano» (vers. 21).

Como hemos visto, Dios ama a sus hijos con un «amor eterno» y atrae a los seres humanos a una relación con él. Las Escrituras enseñan repetidamente que el amor de Dios es eterno, que «su amor es para siempre» (por ejemplo, Sal. 136). De hecho, su amor no tiene fin.

Nuestra respuesta al amor

Sin embargo, los beneficios especiales de una relación de amor con Dios dependen de la forma en que los seres humanos respondan a su amor. De hecho, «el amor [jésed] de Dios siempre será el mismo; Dios ama a quienes lo honran, y siempre les hace justicia a sus descendientes,

a los que cumplen fielmente su pacto y sus mandamientos» (Sal. 103:17, 18, RVC).

El amor de Dios es anterior a cualquier acción, mérito o valor humano. Es imposible ganar o merecer el amor de Dios. Sin embargo, Dios impone condiciones para la recepción y continuidad de los beneficios de una relación de amor con él. Aquí es crucial reconocer que algo puede ser condicional, pero inmerecido y no obtenido mediante méritos o esfuerzos. Por ejemplo, alguien que gana un sorteo y debe cumplir ciertas condiciones menores para recibir el premio no se hace acreedor a este por el hecho de cumplir esas condiciones. Esa persona tiene que demostrar que es el ganador del premio y aceptarlo para recibirlo, pero eso no significa que el premio sea el resultado de algún mérito o esfuerzo suyo.

Del mismo modo, quienes reciben la salvación y otras bendiciones como resultado de estar en una relación de amor con Dios, no las merecen, sino que aceptan los dones de Dios por la fe. La salvación y esos otros beneficios están condicionados a la forma en que los seres humanos respondan al amor y la gracia ofrecidos por Dios por pura gracia y antes de cualquier condición, pero que pueden ser rechazados. Como explica Peter C. Craigie acerca de la relación pactual de Dios con su pueblo en el Antiguo Testamento, las bendiciones divinas estaban «supeditadas a la obediencia», pero eso «no significaba que la obediencia los hacía merecedores de la bendición divina, sino que la obediencia mantenía la debida relación de pacto con Dios. Su pueblo solo podía experimentar la bendición de Dios cuando la relación de pacto, que implicaba responsabilidades recíprocas, era adecuadamente preservada».[18]

El amor divino es un don que los seres humanos no pueden ganar ni merecer. Sin embargo, Dios espera que respondamos a su amor amándolo y amando a los demás. En este caso, el amor previo de Dios capacita a los seres humanos para responder con amor (ver, por ejemplo, 1 Juan 4:19), y Dios media en nuestra imperfecta respuesta amorosa para que esta sea aceptable (ver, por ejemplo, 1 Ped. 2:5). William Hendriksen comenta al respecto: «El amor de Dios ocurre antes y después del nuestro», y «en eso radica su belleza: primero, al preceder nuestro amor, crea en nosotros el anhelo de guardar los preceptos de Cristo; luego, posteriormente a nuestro amor, ¡nos recompensa por guardarlos! Nada puede ser más glorioso que semejante acuerdo».[19]

15. Donald A. Carson, «Love», en *New Dictionary of Biblical Theology*, ed. por T. D. Alexander (Downers Grove, IL: InterVarsity, 2000), p. 648. Ver también John C. Peckham, *The love of God,* pp. 147-190.

16. Donald Gowan, *Theology in Exodus* (Louisville, KY: Westminster John Knox, 1994), p. 236.

17. Ver John C. Peckham, *Love of God*, pp. 81–86; ver también Katharine Doob Sakenfeld, «Love: Old Testament», en *Anchor Bible Dictionary*, ed. por David N. Freedman (Nueva York: Doubleday, 1992), t. 4, pp. 377–380.

18. Peter C. Craigie, *The book of Deuteronomy* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1976), p. 180.

19. William Hendriksen, *The Gospel according to John* (Grand Rapids, MI: Baker, 1953), t. 2, pp. 281, 282; el énfasis está en el original.

3. Dios ¿se complace en nosotros?

El día de mi cumpleaños me desperté temprano al sentir un movimiento brusco en mi colchón. Allí estaba mi querido hijo Joel, quien entonces tenía cuatro años, con un paquete mal envuelto en sus manos y exclamando: «¡Feliz cumpleaños, papá!».

Imagina que yo le hubiera dicho: «No me importa tu regalo. No hay nada que puedas darme que no pueda conseguir por mí mismo. El regalo en ese paquete fue pagado con mi dinero, así que en realidad no me estás regalando nada. Mejor quédate con tu pésimo regalo. No lo necesito ni lo quiero, pero sí te quiero a ti».

¿Qué pensarías de mí? Me vienen a la mente palabras como desalmado, frío e insensible.

¿Crees que Dios ve así las ofrendas que le damos? Después de todo, ¿de qué carece Dios? ¿Cómo puedes hacer un regalo a Dios si él no necesita nada y todo le pertenece (Hech. 17:25)?

¿El Dador que nunca recibe?

Dios ¿puede recibir además de dar? ¿Puede Dios sentirse complacido por su pueblo? Algunos teólogos afirman que Dios otorga bendiciones valiosas, pero que no puede recibir nada que sea realmente de valor. Afirman que el amor de Dios es independiente de la valoración, evaluación o deleite característico de las criaturas.

Este punto de vista suele ser defendido por tres razones. En primer lugar, algunos creen que Dios no puede verse influido o afectado por nada externo a él. Por lo tanto, es imposible que alguien pueda dar a Dios algo valioso. John Piper escribe: «La declaración “Dios es amor” significa que, por la plenitud misma de su naturaleza, Dios no puede ser servido (en el sentido de que necesita algo o a alguien), sino que es quien atiende pródigamente a su Creación. Por definición, Dios no puede ser enriquecido, sino que es quien enriquece a otros».[20]

En segundo lugar, muchos afirman que el amor puro debe ser totalmente abnegado y que, por lo tanto, recibir algo en respuesta al amor expresado significa egoísmo. Esto está vinculado al concepto popular de agapē mencionado anteriormente, según el cual el amor de Dios es totalmente indiferente a cualquier expresión de reciprocidad.[21]

En tercer lugar, aunque Dios pudiera recibir expresiones de reciprocidad en respuesta a su amor y no fuera egoísta hacerlo, todo lo que hacen los humanos está contaminado por el pecado, y los humanos son, por lo tanto, incapaces de generar algo valioso o deleitar a Dios.

Entonces, ¿puede Dios complacerse en su pueblo? Incluso si pudiera, ¿sería egoísta que Dios recibiera amor? Por último, ¿podrían los seres humanos dar algo a Dios? Abordaremos estas cuestiones una por una.

Regocijo a causa de ovejas, monedas e hijos perdidos: ¿Puede Dios complacerse en su pueblo?

Había 99 ovejas, pero faltaba una. Así que, el pastor fue tras la oveja perdida y, al encontrarla, «la pone sobre sus hombros gozoso». Entonces, «junta a los amigos y vecinos y les dice: "Alégrense conmigo, pues ya encontré mi oveja que se había perdido"» (Luc. 15:4-6). Esta parábola pone de relieve la alegría de Dios por cada pecador salvado. Jesús explica: «Hay más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento» (vers. 7; cf. vers. 8-10). ¿Se alegra Dios por un pecador que estaba perdido y ha sido encontrado? ¡Evidentemente sí!

Más adelante, en Lucas 15, Jesús cuenta una parábola acerca de un hijo que pide su parte de la herencia a su padre antes de tiempo. El padre le concede con pesar su petición. El hijo se marcha, malgasta rápidamente su herencia y se ve reducido a la miseria y al hambre, al punto de desear la comida que da a los cerdos puestos a su cuidado. Entonces recapacita y decide volver a la casa paterna, pero como siervo (vers. 17-19).

«Cuando aún estaba lejos, su padre lo vio y se compadeció. Corrió, se echó sobre su cuello y lo besó» (vers. 20). Corre hacia su hijo. ¿Un hombre adinerado corriendo a recibir a un visitante? No se trata de un comportamiento típico y socialmente aceptable, sino de una imagen sorprendente acerca del profundo amor del padre por su hijo pródigo.

Al reunirse, el hijo declara: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo» (vers. 21). Esto era cierto.

Pero el padre no trata al hijo como este merece, sino que llama a los sirvientes y les dice: «¡Pronto! Saquen el mejor vestido y vístanlo. Pongan un anillo en su mano y sandalias en sus pies. Traigan el becerro grueso y mátenlo. Y comamos, y hagamos fiesta. Porque este hijo mío estaba muerto, y ha revivido; se había perdido, y ha sido hallado» (vers. 22-24).

El hijo había renegado de su padre, pero este prepara una fiesta para él y lo recibe con los brazos abiertos. Este padre representa el amor de Dios por nosotros. Así como Dios puede sentirse profundamente herido cuando le damos la espalda, se alegra cuando volvemos a él, ¡aunque hayamos estado viviendo en un corral de cerdos!

Así como el padre anhelaba el regreso de su hijo pródigo, Dios anhela el día en que sus hijos estén en casa con él para siempre. Como proclama Sofonías 3:17: «El Señor […] se deleitará en ti con alegría. Con su amor calmará todos tus temores. Se gozará por ti con cantos de alegría» (NTV).

Este versículo utiliza casi todas las palabras existentes en el hebreo bíblico para designar la alegría a fin de retratar con ellas el desbordante gozo de Dios, como si ninguno de los términos fuera individualmente capaz de describir la magnitud del deleite de Dios en ese día.

Además, algunos comentaristas sugieren que la frase «su amor calmará todos tus temores» describe un amor tan profundamente sentido que deja a uno sin habla.[22] Dios mismo anhela el día en que contemple a su pueblo y quede sin aliento a causa de la dicha. Entonces, Dios mismo estará con nosotros. A semejanza del padre de la parábola, Dios no se limita a esperarnos, sino que corre a nuestro encuentro para llevarnos a casa, como hace un pastor con sus ovejas extraviadas.

Isaías 62:4 describe el gozo de Dios cuando llega su pueblo: «Serás llamada “Hefzibá” (mi delicia), y tu tierra, “Beula” (casada); porque el Señor se deleitará en ti, y tu tierra será desposada». ¿Recibe Dios nuestras expresiones de amor en respuesta al suyo y se complace en su pueblo? Así es, según estos textos y muchos otros.

Esto nos lleva a la segunda pregunta: ¿Es Dios egoísta al deleitarse en nosotros?

Dios ama a sus hijos como alguien que ama su propio cuerpo

Según algunos, se supone que el amor es puramente desinteresado y abnegado, de modo que quien ama no se complace en el amor recibido, sino que solo da. Esta idea toma algo bueno, el sacrificio desinteresado para servir a los demás (en circunstancias apropiadas), y lo universaliza como si fuera la esencia del amor mismo.

Efesios 5 arroja significativa luz acerca de esto mediante dos metáforas usadas allí por Pablo para representar al pueblo de Dios como la esposa de Cristo y su cuerpo:

> Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella […]. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, pues nadie odió jamás a su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. (Efe. 5:25, 28-30).

Nota que los esposos deben amar a sus esposas como parte de sí mismos, y es así como Cristo ama a su pueblo, como si este fuera parte de sí mismo. Cuando me casé con mi esposa, me hice «uno» con ella (Gén. 2:24; 1 Cor. 6:16), de modo que sus intereses se fusionaron indisolublemente con los míos. De manera similar, al hacernos parte de su «cuerpo», Cristo se identifica con nuestros mejores intereses y los hace parte de los suyos.

En estas metáforas paralelas del amor, el dador (Cristo) recibe desinteresadamente en el proceso mismo de dar. El amor abnegado de Cristo al morir por la iglesia, para que pudiera ser redimida como su esposa, está vinculado con su amor propio y totalmente desinteresado por su cuerpo metafórico, la iglesia. Esto es lo opuesto al egoísmo, y es una relación amorosa ideal que hace dichoso tanto a quien es amado como a quien ama. Me afecta profundamente lo que ocurre a mi esposa; mi alegría está ligada a la suya y viceversa. Del mismo modo, Dios resulta íntimamente afectado por la vida de sus hijos; nuestra alegría es parte de la suya.

Sin embargo, algunas personas sostienen que cualquier interés propio de parte de Dios desvirtuaría la pureza de su amor. No obstante, reconocer que Dios posee un interés apropiado (no egoísmo) hace que su amor abnegado sea aún más asombroso. Si Dios no tuviera ningún interés propio, no tendría intereses que sacrificar por nosotros. Si nada pudiera aumentar o disminuir su dicha, ¿en qué sentido podría sacrificar

algo para salvarnos? El Dios descrito en las Escrituras vincula voluntariamente su felicidad a la de sus criaturas. La Cruz es la máxima manifestación de su amor, ya que allí se sacrificó voluntariamente por nosotros en la Persona de Cristo.

Aunque el sacrificio propio es sumamente virtuoso en las circunstancias apropiadas, no es ideal que todas las personas se sacrifiquen todo el tiempo. Por buenas razones, los auxiliares de vuelo instruyen a los pasajeros para que, en caso de emergencia, se coloquen su propia máscara de oxígeno antes de ayudar a los demás. ¿Es egoísta seguir esas instrucciones? Por supuesto que no. Estas instrucciones se dan porque uno no puede ayudar a los demás si se queda sin oxígeno.

Imagina un mundo en el que todos solo dan, pero nunca reciben (el amor ideal, según algunos). Si dos personas llegan ante una misma puerta con intención de ingresar a un lugar y ambas insisten en cederse la oportunidad de hacerlo primero, ninguna de las dos avanzará.[23]

Si todo el mundo actuara de forma abnegada todo el tiempo, no habría nadie que recibiera los beneficios de la abnegación. Por supuesto, lamentablemente esto no es un problema en nuestro mundo. Tenemos demasiadas personas dispuestas a recibir y muy pocos dadores. En un mundo ideal, sin embargo, todos serían dadores y receptores desinteresados, de modo que el ciclo del amor continuaría y aumentaría exponencialmente.

Además, el sacrificio propio no puede ser el ideal de Dios, ya que no puede servir como fin último del interés ajeno. En caso de que Dios sacrificara su propia existencia (si eso fuera posible), no podrían existir otros, pues toda existencia depende de él. La opinión de que el amor de Dios consiste esencialmente en el sacrificio propio es, entonces, contraproducente. El amor de Dios no es egoísta y se manifiesta en el sacrificio propio siempre que la ocasión lo justifica, pero es más que eso.

¿Es egoísta una madre o un padre por deleitarse en su hijo pequeño? Por supuesto que no. Tal deleite es parte integral del amor materno y paterno genuino. Del mismo modo, Dios se deleita en su pueblo precisamente porque nos ama.

Suponer que el amor de Dios es esencialmente abnegado también pasa por alto el hecho de que Dios es digno de toda alabanza, adoración y amor. La «tragedia» de la Cruz no es un fin en sí misma, sino un medio para el fin mayor de la reconciliación de Dios con sus criaturas humanas. De allí que Pablo diga en Hebreos 12:2: «Por el gozo puesto delante de él

sufrió la cruz» Elena G. de White comenta: «El gozo propuesto a Cristo, el que lo sostuvo a través de sacrificios y sufrimientos, fue el gozo de ver pecadores salvados. Debe ser el de todo aquel que lo siga, el acicate de su ambición».[24]

Esto nos lleva a la tercera pregunta: ¿Pueden los seres humanos dar algo a Dios?

Dadores defectuosos, Mediador perfecto

El deleite de Dios en su pueblo no es arbitrario, sino evaluativo. Se basa en la valoración de la disposición y la acción humanas. Si no fuera así, Dios no esperaría regocijarse a causa de sus hijos. No habría separación entre Dios y nosotros, ni necesidad de expiación.

Las Escrituras enseñan que Dios se deleita realmente a causa de nuestras oraciones y ofrendas. «El sacrificio de los impíos es abominación para el Señor; la oración de los rectos es su gozo. El Señor detesta el camino del impío, pero ama al que sigue la justicia» (Prov. 15:8, 9; cf. 11:20). Esto describe expresamente el amor evaluativo.

Del mismo modo, «el Señor ama a los justos» (Sal. 146:8) y «ama al que da con alegría» (2 Cor. 9:7). Estos textos también describen el amor de Dios como evaluativo. Sin embargo, estos textos no significan que Dios ama solo al justo o al dador alegre. Otros pasajes enseñan que Dios ama a todos: «De tal manera amó Dios al mundo» (Juan 3:16). Sin embargo, debe haber algún sentido en el que Dios ama al justo y al dador alegre que difiere de la forma en que ama a todos. De lo contrario, estos textos no tendrían sentido.

No obstante, ¿quién es justo? «No hay justo, ni aun uno» (Rom. 3:10; cf. Sal. 143:2) «por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Rom. 3:23).

¿Cómo podría Dios complacerse en nosotros en vista de que somos pecadores? «Todas nuestras justicias [son] como trapo de inmundicia» (Isa. 64:6).

Es fácil mirar nuestros defectos y pensar: «No tengo nada que dar que no esté manchado por el egoísmo y el pecado. ¡No valgo nada! ¿Cómo podría agradar a Dios? Ni siquiera vale la pena intentarlo».

No des crédito a esas mentiras. Es cierto que somos indignos, pero no es verdad que carecemos de valor. ¿Cuánto pagó Cristo por nosotros? Un precio infinito. Entonces, tú y yo tenemos un valor infinito. No carecemos de valor, ¡sino de precio!

Dios mismo declara en Isaías 43:4: «A mis ojos eres de gran estima, eres honorable y yo te he amado; daré, pues, hombres a cambio de ti y naciones a cambio de tu vida». Elena G. de White comenta que Dios «desea que su heredad escogida se estime según el valor que él le ha atribuido. Dios la quería; de lo contrario no hubiera mandado a su Hijo a una empresa tan costosa para redimirla».[25]

No obstante, existe cierta tensión entre el amor evaluativo de Dios y el hecho de que ningún ser humano (salvo Cristo) haya sido jamás digno de amor. Sin la intervención de Dios, los humanos caídos somos incapaces de aportar nada valioso a Dios. Sin embargo, Dios abre en su misericordia un camino al suspender parcial y temporalmente el juicio a fin de que todos los que respondan a sus amorosas propuestas puedan reconciliarse con él (ver, por ejemplo, 2 Ped. 3:9; Eze. 18:32; 33:11).

La clave es la mediación de Cristo. Podemos «ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo» (1 Ped. 2:5). Sin Cristo, no podemos hacer nada (Juan 15:5). Pero con él, somos suficientemente buenos.

Mi respuesta agrada a Dios

Imagina otra vez que mi hijo pequeño me trae un regalo mal envuelto: «¡Papá, esto es para ti!» Resulta ser una corbata fea y barata. ¿Acaso exclamo: «Es la corbata más fea que he visto en mi vida»? Por supuesto que no. Aunque el regalo tiene poco o ningún valor en sí mismo, es valioso para mí porque mi amado hijo me lo dio como un sincero regalo de amor.

Del mismo modo, nunca podré merecer el amor de Dios. No tengo nada propio que dar, pues todo lo que tengo me ha sido dado (1 Cor. 4:7). Pero puedo, por la fe y gracias a la obra de Cristo, responder de forma que agrade a Dios, de forma parecida a como un padre humano se alegra cuando su hijo le trae un regalo que, de otro modo, no valdría nada. De esta manera, Dios ama realmente a los «justos» porque quienes responden a Dios por fe son considerados justos a sus ojos a través de la mediación perfecta y suficiente de Cristo. ¡Aleluya!

---

20. John Piper, «How does a sovereign God love?: A reply to Thomas Talbott», *The Reformed Journal* 33, Nº 4 (1983), p. 11.

21. Anders Nygren, *Agapē and eros*, p. 210.

22. Ver Karl Friedrich Keil y Franz Delitzsch, *Commentary on the Old Testament* (Peabody, MA: Hendrickson, 2002), t. 10, p. 461.
23. Esta es una paráfrasis de la afirmación de Edward Collins Vacek según la cual «el sacrificio propio se contradice a sí mismo como principio universal». Ver Vacek, *Love, Human and Divine: The Heart of Christian Ethics* (Washington, D. C.: Georgetown University Press, 1994), p. 184.
24. Elena G. de White, *Profetas y reyes* (Doral, FL: IADPA), p. 114..
25. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 637.

4. Dios es apasionado y compasivo

Desde que tenía uso de razón, la niñera de Jane le había dicho:

–Tu mamá te ama incondicionalmente.

En aquel momento, eso le pareció tranquilizador.

–A ella le da igual que seas buena o mala, dichosa o infeliz –le dijo.

–Pero ¿no estaría mami más contenta si yo fuera feliz? –preguntó Jane.

–Bueno, en realidad a ella no le afecta lo que haces o lo que te pasa –respondió la niñera–. No siente ninguna emoción respecto de tu vida. Siempre está plenamente feliz, no importa lo que te ocurra a ti o a cualquier otra persona.

Esto desconcertó a Jane.

Peor que desconcertarla, pues cuando su profesor abusó de Jane, su madre condenó el hecho, pero no se alteró por ello. Enjuició el caso con calma, defendiendo los principios abstractos de la justicia, al tiempo que permanecía emocionalmente indiferente y tan dichosa como siempre, aunque su hija sufría.

Cuando Jane fue la ganadora en su primera competición de atletismo, su madre no se alegró. Cuando es la mejor de su promoción, a su madre no le importa. En ocasión de su boda y del nacimiento de su hijo, la madre de Jane no derrama una lágrima ni muestra siquiera un atisbo de emoción. Cuando Jane enferma de cáncer terminal y finalmente muere, su madre sigue sin inmutarse.

Hasta el final, la niñera de Jane afirmó que su madre la amaba de verdad. «Si era así», pensó Jane, «había algo muy deficiente en su "amor"». Numerosos teólogos afirman que el amor de Dios por nosotros es así. Dicen que Dios no puede verse afectado por nada externo a él, sino que disfruta de una dicha perfecta totalmente independiente de lo que ocurra en la Creación. Esto se relaciona estrechamente con la concepción popular del agapē abordada anteriormente, en la que el amor

se reduce a una bendición unilateral independiente de su objeto. «El amor de Dios», escribió Leon Morris, «no es una emoción condicionada por la clase de personas que somos». Así, la «pasión» no constituye el «amor cristiano».[26]

El amor de Dios ¿incluye reacciones emocionales? ¿Pueden los seres humanos afectar a Dios? Hemos visto antes algunas descripciones sorprendentes del aspecto emocional del amor de Dios. Este capítulo profundiza en las descripciones que hacen las Escrituras del amor divino como profundamente emocional, aunque sin ninguno de los defectos comunes a las emociones humanas (como la irracionalidad).

Compasivo, misericordioso, paciente, lleno de bondad y de verdad

Mientras intercedía por Israel, Moisés pidió a Dios: «Te ruego que me muestres tu gloria». Dios respondió:«Yo haré pasar toda mi bondad delante de tu rostro y pronunciaré el nombre de Jehová delante de ti, pues tengo misericordia del que quiero tener misericordia, y soy clemente con quien quiero ser clemente» (Éxo. 33:18, 19). Recordemos que esto no es una declaración de que la compasión o la gracia de Dios sea arbitraria, sino que amplía la declaración anterior de Dios. Es decir, pasa de «yo soy el que soy» (Éxo. 3:14) a «yo soy el Dios que concede gracia y muestra compasión».

Después de esto, Dios ordenó a Moisés que preparara dos tablas de piedra para reemplazar los Diez Mandamientos que Moisés rompió al ver el pecado de Israel. Esto es muy significativo. La Ley es la primera señal tangible en esta historia de que la compasión y la gracia especiales de Dios hacia el pueblo del Pacto continuarán, de que Dios restaurará el pacto que ellos rompieron.

Entonces,

> «Descendió Jehová en la nube y permaneció allí junto a él; y él proclamó el nombre de Jehová. Jehová pasó por delante de él y exclamó: "¡Jehová! ¡Jehová! Dios fuerte, misericordioso [raham] y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia [hesed, bondad amorosa] y verdad, que guarda misericordia [hesed] a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, pero que de ningún modo tendrá por inocente al malvado"»(Éxo. 34:5-7).

En respuesta, Moisés «adoró» (vers. 8). La única respuesta apropiada al carácter de Dios es la adoración.

Observa que Dios perdona, pero sin exculpar al culpable. El amor de Dios está indisolublemente ligado a su justicia. No pueden existir uno sin el otro. Sin embargo, Dios es paciente o «lento para la ira». Esto traduce dos términos que literalmente significan «largo de nariz». Imagina la nariz de alguien que se pone roja o caliente cuando se enoja. La metáfora describe la «nariz» de Dios como tan «larga» que tarda mucho tiempo en calentarse.[27] Dios es lento para la ira y abunda en misericordia (hesed) y verdad (emeth). Ya hemos visto la riqueza del término hesed, la firme bondad pactual de Dios. El término traducido como «fidelidad» designa no solo lo verdadero, sino también incluye las ideas de lealtad y justicia.

Todo esto aparece luego de la declaración de Dios acerca de su compasión y su bondad. La riqueza del concepto de la compasión de Dios es afín a la idea de su bondad (hesed). Salmos 103:13 dice: «Como el padre se compadece [raham] de sus hijos, el Señor se compadece [rájam] de quienes le temen». Asimismo, Dios declara en Isaías 49:15: «¿Puede una madre olvidar a su niño de pecho, para no compadecerse [rájam] del hijo de sus entrañas? Aunque ella se olvide, yo nunca te olvidaré». La palabra traducida como «compasión» (rájam) deriva de la palabra hebrea que designa el «vientre» (réjem) materno.[28] La compasión de Dios es, entonces, un amor semejante al maternal, aunque infinitamente superior al de una madre amorosa hacia su hijo.[29]

Dios no solo declaró que es compasivo, sino también lo demostró sobradamente. A pesar de que los integrantes de su pueblo básicamente le escupieron en la cara, incluso después de que él acababa de librarlos de la esclavitud mediante grandes señales y maravillas, Dios les concedió abundante compasión. La profundidad de esa compasión divina es expresada en los siguientes términos: «¿No es Efraín mi hijo precioso, el niño en quien me deleito? Cuantas veces hablo contra él, tantas veces lo recuerdo con ternura. Por eso mi corazón se conmueve, y siento compasión [rájam] de él» (Jer. 31:20).

Este lenguaje, que incluye la expresión idiomática «mi corazón se conmueve», describe el amor divino como profundamente compasivo, dispuesto y conmovido por su pueblo.

¿Cómo puedo renunciar a ti? Mi corazón da un vuelco

La misma profunda compasión aparece en Oseas, donde Dios dice:

> Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo.Cuanto más yo los llamaba,tanto más se alejaban de mí. A los baales sacrificaban, y a los ídolos quemaban incienso. Con todo, yo enseñaba a andar a Efraín, tomándolo por los brazos; más ellos no comprendieron que yo los cuidaba. Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor; fui para ellos como los que alzan el yugo de sobre su cerviz, y puse delante de ellos la comida (Ose. 11:1-4).

Esto asemeja el amor de Dios al tierno afecto de un padre que adopta y cuida a un hijo. Asimismo, Deuteronomio 1:31 relata cómo «en el desierto» el pueblo vio que «el Señor su Dios los ha traído por todo el camino que han andado como un hombre trae a su hijo». Isaías 63:9 añade: «En todas sus angustias él fue afligido, y el ángel de su presencia los salvó; en su amor y en su compasión los redimió, los levantó y los sostuvo todos los días de antaño» (LBLA).

Oseas 11 continúa expresando el lamento de Dios por la rebeldía y la maldad de su pueblo: «Mi pueblo está adherido a la rebelión contra mí» (Ose. 11:7). A continuación, Dios expresa su dolor y su compasión en uno de los lenguajes más conmovedores de la Escritura:

«¿Cómo podré abandonarte, Efraín? ¿He de entregarte yo, Israel? ¿Cómo podré hacerte como a Adma o ponerte como a Zeboim? Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión» (vers. 8).

La palabra que describe la encendida compasión de Dios (kamar) solo aparece en otros dos casos bíblicos relacionados con las emociones.

En primer lugar, cuando los hermanos de José llevaron a Benjamín a Egipto, José lo vio y «se apresuró, porque se conmovió (kamar) a causa de su hermano, y procuró dónde llorar. Entró en su cámara, y lloró allí» (Gén. 43:30). En segundo lugar, cuando dos mujeres acudieron a Salomón, ambas afirmando ser la madre del mismo niño, el rey ordenó que cortaran al niño por la mitad y dieran medio niño a cada mujer. La verdadera madre gritó cuando «se le conmovieron las entrañas (kamar)» y dijo: «¡Ah, señor mío! Denle a ella el niño vivo y no lo maten» (1 Rey. 3:26).

Oseas 11 emplea estas mismas imágenes de la más profunda compasión para describir la insondable preocupación de Dios por sus hijos. Aunque lo traicionaron y abandonaron repetidamente, Dios siguió otorgándoles pacientemente su compasión y una misericordia sobreabundante que excedía toda expectativa razonable. Jesús mostró el mismo amor

profundamente emocional y compasivo. Por ejemplo, «Jesús vio una gran multitud. Sintió compasión de ellos, y sanó a los que estaban enfermos» (Mat. 14:14; 15:32; Mar. 8:2). No solo aquí, sino sistemáticamente y en otros lugares, cuando Cristo vio a las personas necesitadas sintió compasión (Mat. 9:36; Mar. 1:41; 6:34; 10:21; Luc. 7:13; Juan 13:1).

El lamento de Cristo por Jerusalén se hace eco del lamento de Dios en Oseas 11: «¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti. ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus pollos debajo de sus alas! Y no quisiste» (Luc. 13:34; cf. Mat. 23:37). Como dice Deuteronomio 4:31: «El Señor, tu Dios, es un Dios compasivo». En vista de la compasión de Dios por nosotros, ¿cuánto más compasivos deberíamos ser con los demás?

Se cuenta la historia de un niño de cuatro años que vio llorar a su vecino, un señor mayor cuya esposa acababa de fallecer. Al ver las lágrimas del hombre, el niño se acercó, se subió a su regazo y se quedó allí sentado. Más tarde, su madre le preguntó qué le había dicho. «Nada», respondió el niño, «solo lo ayudé a llorar». Puede que no nos demos cuenta, pero cuando estamos angustiados y sufrimos, Dios se sienta con nosotros y nos ayuda a llorar. ¿Podrías hacerlo tú también por los que sufren a tu alrededor?

¿Un Dios celoso?

Las Escrituras no solo subrayan que Dios es misericordioso (el rajúm en hebreo; Deut. 4:31), sino también que es un Dios celoso, o apasionado (el qanná en hebreo; Deut. 4:24). Precisamente porque Dios es amor (1 Juan 4:8, 16), se enfurece ante el pecado y el mal pues siempre dañan, incluso cuando son autoinfligidos, a sus amados seres humanos.

En consecuencia, Deuteronomio 4:24 enseña que «Jehová, tu Dios, es fuego consumidor, Dios celoso» (ver también Éxo. 20:5; Deut. 5:9). ¿Qué significa esto? Si una mujer llama hoy «celoso» a su marido, probablemente no lo hace como un cumplido, ya que la palabra tiene actualmente una connotación negativa. Además, ¿no enseñan las Escrituras que el amor «no es celoso» (1 Cor. 13:4, NTV)? ¿Cómo podría, entonces, ser Dios un «Dios celoso»?

Los numerosos textos bíblicos que describen a Dios como «celoso» muestran su preocupación por mantener una relación exclusiva con su pueblo, al que ama apasionadamente, y a menudo lo presentan como un

marido despreciado y no correspondido de una esposa infiel (ver Ose. 1-3; Isa. 62:4; Jer. 2:2; 3:1-12; Eze. 16; 23; Zac. 8:2; 2 Cor. 11:2). Paul House explica que «la mayoría de las personas casadas no quieren que sus cónyuges sean víctimas de la violencia sexual y son justificadamente protectoras de una relación sexual exclusiva». En tal caso, «los celos son un rasgo bueno y normal. Los celos divinos son igualmente positivos». Los celos divinos «no son un defecto de carácter. Por el contrario, magnifican la rectitud, la preocupación y el pacto de Dios».[30] Dadas las connotaciones negativas de la palabra «celos», es más apropiado referirse a la «pasión» de Dios que brota de su profundo amor por su pueblo, similar a la de un esposo amoroso que aspira a una relación de amor exclusiva con su esposa y viceversa.

La pasión de Dios nunca es una emoción mezquina o inapropiada, como se ve a menudo en las relaciones humanas, sino un aspecto totalmente apropiado y virtuoso de su amor, sin ninguno de los defectos característicos de los celos humanos. En primer lugar, el amor apasionado de Dios nunca es envidioso. A diferencia de los falsos «dioses» de la antigüedad, Dios nunca tiene celos de otros dioses o ídolos o de cualquier otra cosa, sino que su pasión tiene que ver siempre con lo que le pertenece legítimamente.[31]

Dios es apropiadamente apasionado por su nombre y su pueblo. Cuando Pablo enseña que el amor «no es celoso», no excluye con ello la pasión apropiada típica de una relación de amor exclusiva, sino los celos de tipo deficiente, como la envidia. Esto resulta evidente a la luz de lo que Pablo escribe más adelante a los corintios: «Porque os celo con celo de Dios, pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo» (2 Cor. 11:2). Existen, pues, «celos piadosos» en contraste con los deficientes celos humanos. El pecado y el mal provocan la pasión o los celos de Dios precisamente porque él es amor y aborrece el mal, que siempre perjudica a las personas.

«El Señor su Dios es misericordioso» (Deut. 4:31), «muy compasivo» (2 Sam. 24:14; 1 Crón. 21:13), «su compasión nunca falta» (Lam. 3:22). Dios es compasivo (ver Isa. 63:9; Heb. 4:15), profundamente afectado por las penas de su pueblo (Juec. 10:16; Luc. 19:41), dispuesto a escuchar, responder y consolar (Isa. 49:10, 15; Mat. 9:36; 14:14). Es un Dios de «tierna misericordia» (Luc. 1:78), «rico en misericordia» y «gran amor» (Efe. 2:4), «Padre de compasión y Dios de toda consolación» (2 Cor. 1:3).

Piensa en algo o alguien que ha sido o es objeto de tu mayor amor. Dios te ama exponencialmente más profunda, compasiva y apasionadamente que eso.

Algunos piensan erróneamente que Dios es como sus padres. Desgraciadamente, ¡algunos niños tienen padres terriblemente abusivos y malvados! Dios no es como ellos. Dios es mucho mejor que el mejor padre o la mejor madre. El amor de Dios por ti es más profundo, amplio y grande de lo que puedas imaginar.

---

26. Leon Morris, *Testaments of love: A study of love in the Bible* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1981), pp. 151, 276.

27. Ver Walter Brueggemann, «The Book of Exodus», en *The New Interpreter"s Bible*, ed. por Leander Keck (Nashville, TN: Abingdon, 1994), t. 1, p. 946. Compara la descripción de la ira de Dios con «el calor de mi nariz» en Éxodo 32:10 y 12.

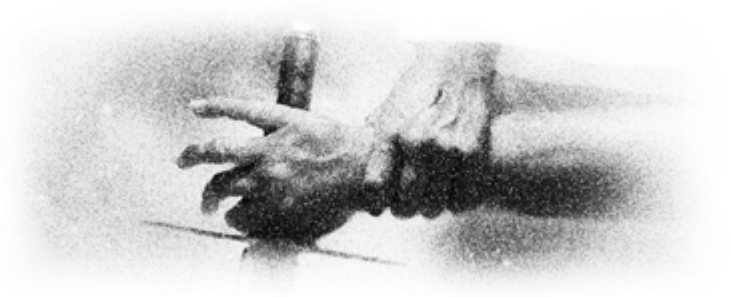
28. Ver H. J. Stoebe, «*rhm*», *Theological lexicon of the Old Testament*, ed. por Ernst Jenni y Claus Westermann (Peabody, MA: Hendrickson, 1997), t. 3, p. 1.226. *Cf*. Ludwig Koehler, Walter Baumgartner y Johann Jakob Stamm, *The Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament* (Leiden: Brill, 1996), t. 3, pp. 1.217-1.218; Mike Butterworth, «rhm», *New International Dictionary of Old Testament Theology & Exegesis,* ed. por Willem A. VanGemeren (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1997), t. 3, p. 1.093.

29. Ver J. Gerald Janzen, *Exodus*, p. 252.

30. Paul House, *1, 2 Kings: An exegetical and theological exposition of Holy Scripture* (Nashville, TN: Broadman & Holman, 1995), p. 194.

31. Según G. Sauer, las deidades del Antiguo Cercano Oriente eran proclives a la envidia mutua, pero nunca al «celo en relación con sus adoradores» («*qn"*», *Theological lexicon of the Old Testament*, ed. por Ernst Jenni y Claus Westermann (Peabody, MA: Hendrickson, 1997), t. 3, p. 1.446. La combinación de qānā" + *b*ə sugiere la emoción negativa de la envidia (por ejemplo, Prov. 3:31) y nunca es usada en relación con Dios. La construcción *qānā" + l*ə sugiere una emoción intensa y apropiada en favor de su objeto y usada en relación con los seres humanos (por ejemplo, 1 Rey. 19:10) y Dios (por ejemplo, Zac. 8:2). Ver E. Reuter, «qn"», *Theological Dictionary of the Old Testament*, ed. por G. Johannes Botterweck, Helmer Ringgren y Heinz-Joseph Fabry (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 2004), t. 13, p. 49.

5. La ira del amor divino



Imaginemos a una madre que está observando a su hija de tres años mientras esta juega en un parque infantil. De pronto, un hombre adulto se acerca corriendo, tumba a la niña de un puñetazo y la patea repetidamente mientras ella yace en el suelo. Si fueras su madre, ¿no te enojarías? Esa ira se conoce como *justa indignación*: es la respuesta buena y apropiada del amor y la justicia contra el mal.

La injusticia manifestada en la historia anterior palidece en comparación con la inmensa maldad perpetrada por los seres humanos en la historia, incluido el pueblo de Dios en los relatos bíblicos. Algunas de las atrocidades que cometió el pueblo de Israel incluían el sacrificio de niños y todo tipo de libertinaje, a veces mezclado con el culto religioso, lo cual significaba la profanación y la perversión de los medios destinados a la comunión del pueblo con Dios (ver 2 Crón. 33:6). Puesto que Dios ama intensamente, semejante maldad le provoca una ira intensa, pero siempre apropiada.

Sin embargo, muchos piensan que el amor es incompatible con la ira. Es decir, afirman que, si Dios es amor, no debería airarse ni juzgarnos nunca. Aunque esta idea es popular, no es más que un mito, ya que no cuenta con apoyo bíblico.

Este capítulo aborda esta cuestión mediante el análisis de este y otros tres mitos más acerca de la ira de Dios.

Mito 1: El Dios del Antiguo Testamento contra el del Nuevo Testamento

Un mito común en relación con la ira de Dios es la opinión de que «el Dios del Antiguo Testamento» es un Dios de ira, mientras que «el Dios del Nuevo Testamento» es un Dios de amor. Sin embargo, tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo enseñan continuamente que Dios es

amor, que Dios es «compasivo y clemente, lento para la ira y grande en amor y fidelidad» (Sal. 86:15; ver también Éxo. 34:6; Núm. 14:18; Neh. 9:17; Sal. 103:4; 145:8; Joel 2:13; Jon. 4:2; Nah. 1:3). Asimismo, el Antiguo Testamento subraya repetidamente que el amor de Dios «es para siempre» (Sal. 136:1).

A lo largo de la Escritura, la Ley de Dios es un reflejo de su carácter de amor desinteresado. He allí la razón por la que el mayor mandamiento es: «Amarás a Jehová, tu Dios, de todo tu corazón, de toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Deut. 6:5; Mat. 22:37); y el segundo es «amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lev. 19:18; Mat. 22:39). En consecuencia, Jesús declaró que «de estos dos mandamientos penden toda la ley y los profetas» (Mat. 22:40).

Así como el Antiguo Testamento describe la justa indignación de Dios contra el mal (porque siempre perjudica a las personas, a quienes Dios ama), el Nuevo Testamento muestra repetidamente la ira divina de Jesús en respuesta al mal. Por ejemplo, echó a quienes vendían y compraban en el Templo y volcó las mesas de los cambistas mientras declaraba que estaban convirtiendo la casa de Dios en una «cueva de ladrones» (Mat. 21:12, 13; Mar. 11:15-18; Luc. 19:45, 46). Del mismo modo, Juan 2:15 registra que Jesús «hizo un azote de cuerdas», «echó a todos del templo», «esparció el dinero de los cambistas y volcó sus mesas».

Jesús muestra aquí una profunda y justa indignación contra quienes utilizaban el Templo de Dios como una «cueva de ladrones». El templo tipificaba el perdón y la limpieza gratuitos y misericordiosos de Dios en favor de los pecadores, pero los cambistas lo utilizaban para aprovecharse de los pobres, las viudas y los huérfanos. En contraste, después de que Jesús limpió el Templo, «vinieron a él […] ciegos y cojos, y él los sanó» (Mat. 21:14).

La justa indignación es la reacción adecuada contra el mal, acompañada del amor compasivo por los oprimidos. Así, «la ira y el juicio pueden ser, de hecho, el anverso de la moneda del amor».[32] La respuesta de Cristo en estas y otras ocasiones (ver Mar. 3:4, 5; 10:13, 14) refleja el testimonio constante del Antiguo Testamento de que Dios ama la justicia (por ejemplo, Isa. 61:8), con la correspondiente ira contra la injusticia y el mal, y una preocupación especial por los oprimidos.

Jesús también enseñó repetidamente acerca de la justa ira y el juicio de Dios (por ejemplo, Juan 3:36) y se atribuye este juicio a sí mismo (por ejemplo, Mat. 13:41, 42; cf. 8:12; 10:28; 22:5-7, 13; 23:16-33; 24:50, 51;

25:41-43; Luc. 13:28). Más adelante, Pablo enseña: «Y si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿Será injusto Dios al dar el castigo? (Hablo como hombre.) ¡De ninguna manera! De otro modo, ¿cómo juzgaría Dios al mundo?» (Rom. 3:5, 6). Además, las Escrituras reservan explícitamente la venganza para Dios: «No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios, porque escrito está: "Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor"» (Rom. 12:19, cita de Deut. 32:35; cf. Heb. 10:30).

La ira del supuesto Dios temible del Antiguo Testamento, por lo tanto, es reflejada por Jesús y afirmada en el Nuevo Testamento (ver también Rom. 1:18; 2:4-9; Col. 3:5, 6; Efe. 5:5, 6; 1 Tes. 2:15, 16; Heb. 3:10, 11, 17; 4:3; y muchos ejemplos en el Apocalipsis). Sin embargo, esta ira es en ambos Testamentos la ira del amor, la respuesta apropiada del amor contra el mal y el daño que este siempre inflige a los hijos de Dios. Sin embargo, «Dios no nos ha puesto para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo» (1 Tes. 5:9; cf. 1:10; 2 Ped. 3:9).

Mito 2: Dios está todo el tiempo enojado y envía castigos a menudo

Algunos piensan erróneamente que Dios (sobre todo en el Antiguo Testamento) está constantemente airado y que envía castigos continuamente. Sin embargo, las Escrituras enseñan que Dios es sumamente paciente y compasivo con su pueblo e incluyen numerosos ejemplos de la ira y el juicio de Dios, pero a menudo transcurren largas eras entre esos ejemplos. De hecho, la atención a la cronología muestra que Dios a menudo pasa por alto el pecado de los pueblos durante siglos.

El pueblo con el que Dios hizo pacto se rebeló repetidamente y perpetró horrendos males: «Acuérdate, no olvides que has provocado la ira de Jehová, tu Dios, en el desierto; desde el día en que saliste de la tierra de Egipto, hasta que entrasteis en este lugar, habéis sido rebeldes a Jehová» (Deut. 9:7; cf. 32:16, 21). Salmos 78:40 añade: «¡Cuántas veces en el desierto se rebelaron contra él, y lo enojaron en el yermo!» (cf. 78:58; Isa. 63:10; 1 Cor. 10:5). En este sentido, el Antiguo Testamento establece lo que muchos estudiosos llaman el ciclo de la rebelión (descrito, por ejemplo, en Sal. 78; Neh. 9; etc.):

- El pueblo de Dios se rebela y comete horribles maldades (a veces incluso sacrificios de niños).
- Dios se retira en respuesta al rechazo de su pueblo

- El pueblo padece la opresión de las naciones circundantes.
- Como consecuencia de esto, claman a Dios por ayuda.
- Dios los escucha y los libera.
- El pueblo se rebela de nuevo y comete males peores.

Así, la Escritura describe a Dios como el padre fiel cuyos hijos se rebelan continuamente (por ejemplo, Deut. 32:5, 18) y el esposo devoto cuya esposa corre tras otros amantes (ver Ose. 1-3; Isa. 62:4; Jer. 2:2; 3:1-12; Eze. 16; 23; Zac. 8:2; cf. 2 Cor. 11:2). Como señala William L. Lane: «La ira de Dios (cf. Núm. 14:11, 23, 43b) no se despertó por un solo incidente, sino por una tendencia persistente a rechazar su dirección».[33]

Sin embargo, Dios se enfrentó repetidamente a la infidelidad con una compasión longánime mucho más allá de cualquier expectativa razonable. Tras la rebelión del becerro de oro, «Dios habría sido "justo" al poner fin a este pueblo rebelde. Sin embargo, siguió amándolo, guiándolo y liberándolo (Éxo. 32:10; 33:5)».[34] Más tarde, aunque el pueblo de Dios lo traicionó y abandonó en repetidas ocasiones (Juec. 10:13; 1 Sam. 8:8; 1 Rey. 11:33; 2 Rey. 22:17; Jer. 1:16), Dios continuó derramando su compasión durante siglos de rebeliones recurrentes (Neh. 9:7-33). «Pero él, misericordioso, perdonaba la maldad y no los destruía; apartó muchas veces su ira y no despertó todo su enojo» (Sal. 78:38). Dios también concedió sus inmerecidas gracia y compasión a otros pueblos, como Nínive. En ese caso, Jonás se quejó de que Dios era demasiado clemente y compasivo (Jon. 4:2).

Durante los largos períodos transcurridos entre sus juicios por la apostasía de su pueblo, Dios le envió profetas en repetidas ocasiones para llamarlo a que volviera a él, pero el pueblo se negó a ello (ver, por ejemplo, Jer. 35:14-17), lo que disgustó profundamente a Dios:

> Pero mi pueblo no oyó mi voz; Israel no me quiso a mí. Los dejé, por tanto, a la dureza de su corazón; caminaron en sus propios consejos. ¡Si me hubiera oído mi pueblo! ¡Si en mis caminos hubiera andado Israel! En un momento habría yo derribado a sus enemigos y habría vuelto mi mano contra sus adversarios (Sal. 81:11-14; *cf.* Ose. 11:8, 9).

Jesús también se lamentó: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste!» (Mat. 23:37).

Algunos piensan que los juicios de Dios eran severos. Sin embargo, la disciplina de Dios hacia su pueblo era, en última instancia, para su bien (Deut. 8:16), como ocurre cuando un buen padre disciplina amorosamente a su hijo (Deut. 8:5; cf. Heb. 12:10). «Porque el Señor reprende al que ama, como el padre al hijo a quien quiere» (Prov. 3:12; comparar con Apoc. 3:19).

La manera en que Dios trató a su pueblo debe entenderse en el contexto de lo que este enfrentaba. Dados los peligros que lo rodeaban en el desierto, incluidas las naciones que deseaban destruirlos, no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir sin que Dios lo protegiera y preservara especialmente; pero, si su maldad no era controlada, lo privaría de la protección de Dios. Desobedecer las instrucciones de una azafata carece de consecuencias en la calle, pero hacerlo a bordo de un avión es un delito grave, por el mayor peligro que supone para quienes están a bordo (y en tierra). Del mismo modo, las leyes de Dios y la manera en que gobernó a su pueblo tuvieron el objeto de evitar la destrucción de Israel a manos de las naciones circundantes u otros peligros, lo que habría ocurrido sin la protección especial de Dios. Por lo tanto, Dios hizo todo lo que pudo por su pueblo, entonces y después (ver Isa. 5:1-7).

En muchos casos de juicio divino, Dios se retracta y entrega al pueblo «a la dureza de su corazón» después de amplias oportunidades para arrepentirse (Sal. 81:12). Por ejemplo, debido a que persistentemente «enojaron al Dios del cielo», Dios «los entregó en mano de Nabucodonosor rey de Babilonia» (Esd. 5:12; ver también Juec. 2:13, 14; Sal. 106:41, 42; Jer. 38:18; Neh. 9:30). Sin embargo, Dios se retiró solo después de que ellos «se mofaban de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira de Jehová contra su pueblo, y no hubo ya remedio» (2 Crón. 36:16).

Dios ejecuta sus juicios solo después de advertir y ofrecer una vía de escape (por ejemplo, Jer. 38:2) y solo cuando no hay otra alternativa en vista de todos los factores intervinientes. Incluso cuando Dios trae el juicio, «no aflige por gusto» (Lam. 3:33; cf. Isa. 28:21) y asegura: «No me agrada la muerte de nadie» (Eze. 18:32; cf. 33:11). Dios finalmente ejecuta su juicio porque «no hubo más remedio» (2 Crón. 36:16), después de siglos de advertencias y vías de escape en el caso de Jerusalén.

La ira de Dios es siempre y únicamente su respuesta al mal. La frecuencia de la ira divina, por lo tanto, corresponde a la frecuencia y la magnitud del mal (que siempre daña a las personas que Dios ama). Sin embargo, a lo largo de los numerosos ciclos de rebelión, «muchas veces apartó su ira y no despertó todo su enojo» (Sal. 78:38), ya que retuvo en numerosas ocasiones los juicios que el pueblo merecía por largo tiempo y dispuso medios de liberación en caso de que estuvieran dispuestos a aprovecharlos (cf. Sal. 81:11-14; Mat. 23:37). Dios sufrió mucho a causa de su pueblo, razón por la cual pregunta: «¿Qué más se había de hacer a mi viña, que yo no haya hecho?» (Isa. 5:4).

Mito 3: La ira es lo contrario del amor

Además, algunos creen que el amor es incompatible con la ira. Muchos tipos de ira (como la irracional, la mezquina y la egoísta) son, en efecto, incompatibles con el amor (ver, por ejemplo, Mat. 5:22; 1 Cor. 13:4-7; Gál. 5:20; Sant. 1:19, 20). Sin embargo, la justa indignación es diferente. Mientras que las emociones humanas, especialmente la ira, son a menudo reacciones exageradas e irracionales, la ira de Dios es siempre la respuesta adecuada del amor perfecto contra el mal y orientada hacia el mayor bien para todos los afectados.[35]

Es importante destacar que la ira no es un atributo esencial de Dios, sino la respuesta temporal del amor contra el mal. Donde no hay mal, no hay ira.[36] Además, la compasión de Dios supera con creces su ira o enojo, que dura «un momento, pero su favor dura toda la vida. El llanto puede durar una noche, pero a la mañana viene la alegría» (Sal. 30:5; cf. Éxo. 34:6; Juec. 10:16; Isa. 30:18; 54:7-10; Luc. 13:34).

Algunas personas creen que Dios no debería enojarse en absoluto. Pero Dios no sería amor si no detestara el mal y respondiera en consecuencia. Según las Escrituras, el amor y la justicia son inseparables. El amor requiere justicia, y Dios ama la justicia y se deleita en la rectitud (Isa. 61:8; Jer. 9:24; cf. Sal. 33:5; 119:149; Isa. 61:8; Ose. 2:19; Miq. 6:8; Luc. 11:42). En consecuencia, Salmos 89:14 enseña que: «Justicia y derecho son el cimiento de tu trono; misericordia y verdad van delante de tu rostro».

Dios detesta el mal porque este siempre daña a sus hijos, incluso cuando es autoinfligido. Recordemos el ejemplo anterior de la madre cuya hija es agredida. ¿Qué clase de «amor» no se enojaría ante las cosas horribles que los seres humanos se infligen unos a otros? Dios detesta el

mal, pero, a diferencia de los humanos, lo hace con perfecta pureza de corazón, motivado únicamente por el amor desinteresado. Precisamente porque Dios ama tan profundamente, la injusticia le provoca una ira intensa, pero siempre apropiada. La ira de Dios no es lo contrario del amor, sino que procede de su amor.

En consecuencia, Cristo respondió con justa indignación cuando algunos utilizaron el Templo para oprimir a las personas (ver Mat. 21:13). En consonancia con ello y a lo largo de las Escrituras, los profetas anhelan que llegue el juicio de Dios porque finalmente traerá liberación a las víctimas del mal y la injusticia. Así, en marcado contraste con la percepción que las personas suelen tener del juicio de Dios en Occidente, los autores bíblicos se preguntan repetidamente no por qué Dios ejecuta el juicio cuando lo hace, sino por qué no corrige más rápida y decisivamente los males existentes. Muchos claman a lo largo de la Escritura: «¿Hasta cuándo, Señor?».

El amor de Dios pospone y, cuando es coherente con la justicia, mitiga la ejecución del juicio, pero no lo anula. Lejos de anular la justicia y la rectitud, el amor de Dios las incluye. En consecuencia, la cólera de Dios contra el mal está siempre arraigada en el amor y en el bien que desea para todos.

Mito 4: Un Dios amoroso no puede destruir a los pecadores

Algunos creen que el amor es incompatible con la destrucción de los pecadores, y que debe conceder la vida eterna a todos, incluso a quienes rechazan definitivamente el amor de Dios. Sin embargo, este punto de vista es contrario a numerosas afirmaciones bíblicas.

Por un lado, las Escrituras enfatizan que, aunque Dios «anhela ser misericordioso» y «será exaltado para compadecerse de ustedes» (Isa. 30:18), él «no da por inocente al culpable» (Éxo. 34:7). Finalmente, el amor exige actuar contra el mal. Dios está dispuesto a perdonar, pero no excluye la justicia. Si bien es cierto que Dios desea que todos acepten la salvación y hace todo lo posible para salvar a cada persona (ver, por ejemplo, Eze. 18:32; 33:11; 1 Tim. 2:4-6; 2 Ped. 3:9), desgraciadamente algunos deciden rechazar la provisión gratuita y plena de Dios (ver, por ejemplo, Dan. 12:2; Juan 3:18; 5:28, 29; 2 Tes. 1:7-10).

Puesto que Dios es amor, rechazar su amor implica rechazar la vida misma. Sin embargo, esto no implica un ultimátum. Dios no exclama

arbitrariamente: «Ámame o muere», sino que proclama la verdad incuestionable acerca de las únicas dos alternativas que existen. Si Dios es la fuente de la vida y él mismo es amor, nadie puede ser separado del amor y seguir con vida. Es imposible estar totalmente separado de Dios y seguir viviendo. La idea de que uno puede disfrutar de la vida eterna mientras está separado de Dios equivale a pretender que una lámpara eléctrica emita luz sin estar conectada a una fuente de energía. Dios es el dador de la vida y su única fuente. No puede haber vida sin él.

Algunas personas desearían vivir para siempre separados de Dios; es decir, seguir por la eternidad con su vida actual cargada de vicios y «placeres». No se dan cuenta de que tal cosa significaría una existencia interminablemente infeliz y que solo siguen vivos por la gracia de Dios. Él no condenará a los tales a una miseria sin fin, sino que hará por ellos lo más amoroso, que es poner fin a la existencia miserable de quienes finalmente rechacen su amor. Dado que Dios se compromete a respetar el libre albedrío humano para recibir o rechazar su amor, no hay nada más que él pueda hacer por quienes rechacen finalmente cualquier conexión con el amor (ver Isa. 5:1-4).

En resumen:

- Dios siempre actúa con justicia (Gén. 18; Deut. 32:4).
- Dios no aflige voluntariamente (Lam. 3:33).
- La ejecución del juicio es siempre un último recurso, precedido por una advertencia y una vía de escape.
- Dios es amor y no desea que nadie muera (2 Ped. 3:9; Eze. 33:11), por eso no permitirá que el mal continúe para siempre.

El amor debe poner fin al mal, y eso es lo que Dios hará. Mientras tanto, podemos confiar en que él es amor y que ama a todos (Juan 3:16). Si Dios no ejecutara finalmente su juicio contra el mal, el mundo quedaría en un estado indefinido de degradación, en detrimento de toda la Creación. En consecuencia, la preocupación de Dios por todas las personas exige que haga justicia y erradique finalmente el mal, tras lo cual «enjugará toda lágrima de los ojos de ellos. Y no habrá más muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron» (Apoc. 21:4).

---

32. Gerald Borchert, *John 1–11* (Nashville, TN: Broadman & Holman, 2001), p. 164.
33. William L. Lane, *Hebrews 1–8* (Dallas, TX: Word Books, 2002), p. 86.

34. Mervin Breneman, *Ezra, Nehemiah, Esther* (Nashville, TN: Broadman & Holman, 1993), p. 241.
35. Para profundizar en el tema de la ira de Dios, ver Peckham, *The love of God*, pp. 156–161; y Peckham, Theodicy of love, pp. 155–159.
36. Ver Donald A. Carson, *The difficult doctrine of the love of God* (Wheaton, IL: Crossway, 2000), p. 67.